

bien á desenvainar otra vez el acero, bien á estrechar la mano de aquellos á quienes hemos combatido lealmente. Suceda lo que quiera, ocupémonos de todos los medios propios para aumentar la fuerza y la riqueza de Francia, y estrechemos más aún, si es posible, la alianza formada por una comunidad de gloria y de sacrificios, en la que la paz pondrá más en relieve las ventajas recíprocas. En este momento solemne para los destinos del mundo, tengamos, en fin, confianza en Dios, para que guíe nuestros esfuerzos en el sentido más conforme con los intereses de la humanidad y de la civilización.»

Todo inducía á pensar que las ideas de conciliación acabarían por prevalecer, y que los trabajos del congreso tendrían un buen desenlace. Napoleón III se mostraba especialmente cortés con los representantes del tsar; y era evidente que Rusia tenía mala voluntad, no á Francia, sino á Inglaterra, y sobre todo al Austria. El conde Orloff decía, refiriéndose á los plenipotenciarios de esta nación: «Hablan como si hubieran conquistado Sebastopol.» Las sesiones se celebraban cada dos días, alternando con brillantes fiestas. El 16 de marzo, la atención pública dejó de fijarse en el congreso por un acontecimiento que al parecer ponía el colmo á los favores que la Providencia concedía entonces al antiguo prisionero de Ham. La emperatriz le dió un hijo.

XLVIII

EL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE IMPERIAL

El 12 de marzo de 1856 el arzobispo de París había dirigido al clero y á los fieles de su diócesis una pastoral que comenzaba así: «Mis muy queridos hermanos: Todo anuncia que no está lejano el momento en que nuestros votos y las oraciones que elevamos al cielo desde hace algunos meses, conforme á las piadosas intenciones del emperador, quedarán satisfechos al fin. La augusta compañera que el soberano hizo sentar á su lado en el trono después de recibirla de manos de Dios y de la Iglesia, le dará ahora el primer fruto de su unión y de las bendiciones celestiales. Dios, que es autor de toda paternidad, se dispone á coronar con sus donativos más preciosos esta casa, edificada por él mismo en medio de las borrascas y en la que un sol de las más brillantes prosperidades ilumina hoy la altura.»

La pastoral terminaba con estas palabras:

«La casa del príncipe es la nuestra; él es padre de la nación, y nada de lo que en ella pasa debe sernos indiferente..... Cuando el padre y el soberano se conmueven á la par, debemos participar de su emoción; y cuando nuestros ojos se elevan al cielo, debemos pedirle gracias de que seremos los primeros en aprovecharnos.

»Cuando el cañón anuncie el feliz alumbramiento de la emperatriz, la campana grande de nuestra catedral tocará durante una hora, así como las campanas de todas las iglesias, y el domingo siguiente al día del nacimiento se cantará, después de la misa mayor en la iglesia metropolitana y en todas las de nuestra diócesis, el *Te Deum* con la oración *Pro gratiarum actione* y la *Post mulieris partum*.»

El sábado, 15 de marzo, á eso de las cinco de la madrugada, la emperatriz comenzó á sentir los primeros dolores. Su camarera mayor envió aviso á los príncipes y princesas de la familia imperial, á los individuos de la familia del emperador con cargo en la corte, á los grandes dignatarios de la corona, á los ministros y presidente del Consejo de Estado, á los mariscales, á los almirantes, al gran canciller de la Legión de Honor, al gobernador de los Inválidos, al comandante superior de los guardias nacionales del Sena, al ayudante general de palacio y á los oficiales y las camareras de SS. MM. Todos estos personajes se apresuraron á ir al palacio de las Tullerías para quedarse allí hasta el alumbramiento

de la emperatriz. El Senado, el cuerpo legislativo y el Consejo municipal de París se constituyeron en permanencia para esperar la comunicación del emperador.

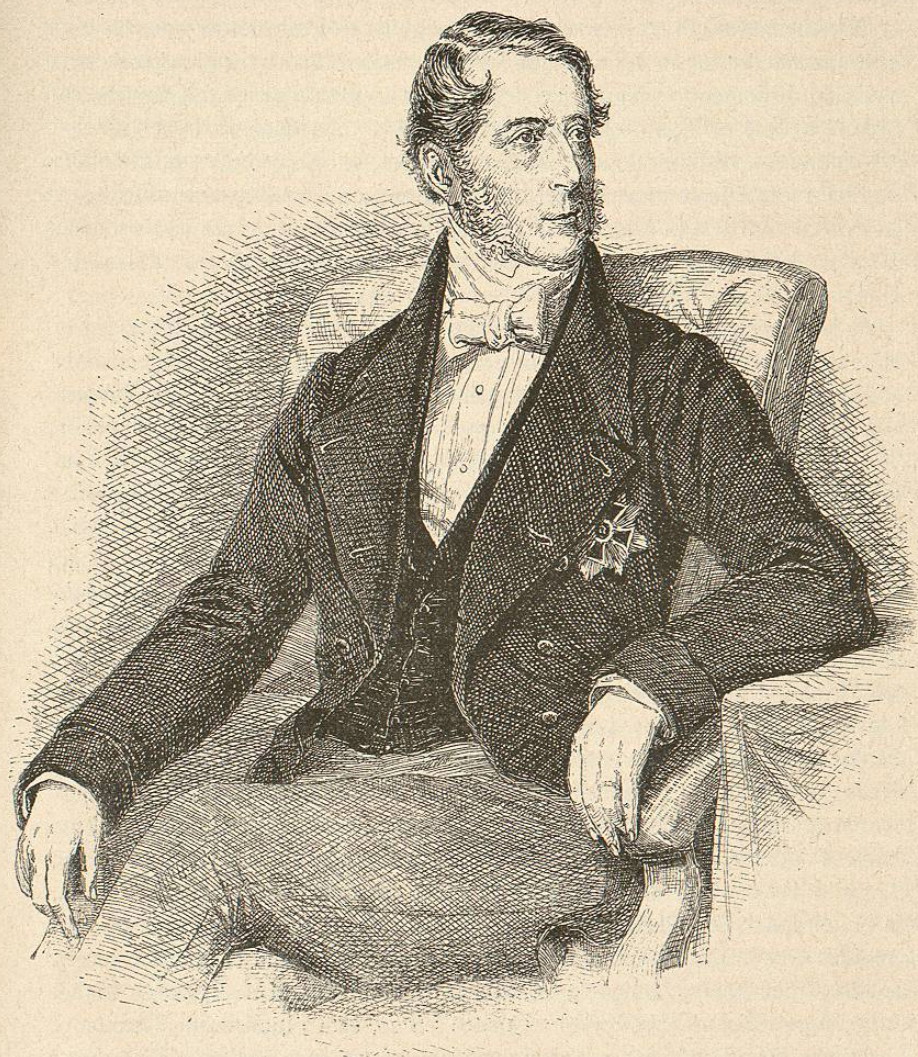
Durante todo el día y toda la noche, numerosos grupos se estacionaron en el jardín de las Tullerías y en la plaza del Carroussel; yo me había mezclado entre ellos y recuerdo su actitud de simpatía.

Los dolores de la emperatriz, que habían disminuído hacia el mediodía, se repitieron por la noche. La soberana tenía junto á sí á su esposo, su madre, la princesa de Essling, su camarera mayor; la almiranta Bruat, aya de los príncipes, y la duquesa de Bassano, dama de honor. En el momento de los grandes dolores, el príncipe Napoleón, el príncipe Luciano Murat, el ministro de Estado y el Guardasellos penetraron en la cámara como testigos. El domingo, 16 de marzo, día de Ramos, á las tres y cuarto de la madrugada, la emperatriz dió á luz al príncipe imperial. El aya de los príncipes presentó el recién nacido al emperador y á los cuatro testigos, y después el ministro de Estado, con ayuda del Guardasellos, extendió el acta del nacimiento en el registro del estado civil de la familia imperial. El niño, que tenía por padrino al Papa y por madrina á la reina de Suecia, nieta del príncipe Eugenio de Beauharnais, recibió los nombres de Napoleón, Eugenio, Luis, Juan José.

Por la mañana, á las seis, una salva de ciento un cañonazos en los Inválidos anunció el nacimiento del príncipe imperial, y se echaron á vuelo las campanas de todas las iglesias.

El agua de socorro fué administrada al príncipe después de la misa en la capilla de las Tullerías. Cerca de las gradas del altar se había colocado sobre una alfombra de terciopelo blanco una mesa cubierta de un tapete del mismo tejido y de igual color, y sobre esta mesa un jarrón de plata sobredorada que debía servir de fuente bautismal. En medio del coro se veía un sillón y un reclinatorio para el emperador; á la izquierda sillas para los cardenales, y á la derecha bancos para los arzobispos y obispos. El abate Place, predicador de la Cuaresma, invocó para el recién nacido las bendiciones divinas. «¡Dios mío, exclamó, velad sobre esa cuna, depositaria de tantas esperanzas! Formad vos mismo, para la dicha de un gran pueblo, al hijo del emperador; dadle de su padre la magnanimidad, y de su madre el bondadoso corazón y la caridad inagotable. En fin, para decirlo todo de una vez, dadle, Dios mío, un alma digna de su destino y de su nombre.» Después de la misa, celebrada por el obispo de Adras, el aya de los príncipes fué introducida, llevando en sus brazos al príncipe imperial, y monseñor Menjaud, obispo de Nancy, capellán mayor del emperador, administró el agua de socorro al recién nacido, distribuyéndose luego palmas á todas las personas presentes en las Tullerías.

Por la noche, París estaba iluminado. La condesa de Damvemont escribía á M. Thouvenel, entonces embajador de Francia en Constantinopla: «En todos los barrios, á pesar del viento y de la lluvia, el farolillo y la lamparilla atestiguan una inmensa mayoría de votos favorables. Por lo demás, en los barrios popu-



El conde de Buol-Schauenstein

lares sobre todo es donde esa demostración ha tenido más desarrollo, circunstancia favorable, porque prueba que el espíritu revolucionario está bien y debidamente dominado en su propio terreno. El barrio de San Germán ha sido menos expansivo.»

El emperador, en el colmo de la alegría, quiso ser padrino de todos los hijos legítimos nacidos el 16 de marzo de 1856, y resolvió que la emperatriz fuese su madrina, disponiendo además que se repartiese la suma de cien mil francos, con cargo á su lista civil, entre los establecimientos de beneficencia de las principales ciudades y distritos donde estaban situadas las propiedades de la corona. También tomó de su lista civil la suma de sesenta mil francos para distribuir en las cajas de auxilios de la sociedad de autores y compositores dramáticos, de los literatos, de los actores, de los músicos, de los pintores, escultores, grabadores, dibujantes, de los inventores y artistas industriales.

A las gracias se agregaron los actos de munificencia. A raíz de los acontecimientos de junio de 1848, once mil personas habían sido condenadas en tiempo de la República al destierro en Argelia; pero gracias á la clemencia del príncipe presidente, ya no quedaban más que treinta y seis en Africa. En diciembre de 1851, once mil doscientos un individuos habían sido transportados ó expulsados; y las gracias concedidas ya por el emperador habían reducido el número á mil cincuenta y ocho. Ahora, con motivo del nacimiento del príncipe imperial, acordó que no hubiera más desterrados, y que se concediese autorización para volver á Francia á cuantos declararan que se someterían al gobierno establecido.

El lunes 17 de marzo las inmediaciones de los teatros están invadidas, desde la mañana, por una asombrosa multitud, pues van á darse funciones gratuitas á expensas de la lista civil. A las dos menos cuarto todas las puertas se abren á la vez, y cinco minutos después todas las localidades de los diversos teatros quedan ocupadas por el público. En la Opera, después de representarse *La Muda*, se ejecuta por los primeros artistas una cantata cuya letra es de M. Pacini, con música de Adolfo Adam, y después se pone en escena el nuevo baile de moda *El Corsario*. En los Franceses, entre *El Avaro* y *Las Falsas Confidencias*, Beuvallet lee una oda de Mery en honor del príncipe imperial. En el Odeón, en un apropósito de Philomene Boyer, titulado *El diez y seis de marzo*, se ven reunidos un soldado veterano, un labrador y un obrero, que celebran al recién nacido. En la Opera Cómica, la letra de la cantata es de MM. Barbier y Michel Carré, con música de Halevy; en el teatro Lírico, esta última es de Clapisson. Las piezas de oportunidad que se representan tienen por título *La Esperanza de Francia*; en Variedades *La Cuna imperial*, y en el Palais-Royal *Ciento un cañonazos*. En el Gimnasio, Rosa Cheri lee una composición de Teófilo Gautier que tiene por título *Natividad*.

El 18 de marzo Napoleón recibe en las Tullerías las felicitaciones y los homenajes oficiales. Los plenipotenciarios del congreso de París son los primeros en presentarse, y el conde Walewski toma la palabra en su nombre: «Los señores

res plenipotenciarios del congreso, dice, se han dignado, en esta circunstancia solemne, confiarme el encargo de ser su intérprete cerca de V. M. Me complace y me enorgullece, señor, ser llamado para expresar al soberano, en nombre de Europa, los sentimientos, las esperanzas y la alegría que infunde por todas partes el feliz acontecimiento con que la Providencia se ha dignado favoreceros, y que afirmando y consolidando la dinastía napoleónica, es para el mundo entero nueva prenda de seguridad y confianza.»

El emperador contestó: «Doy gracias al congreso por los buenos deseos y felicitaciones que me dirige por vuestro conducto, y considero como una dicha que la Providencia me haya enviado un hijo en el momento de anunciarse para Europa una era de reconciliación general. Le educaré bajo el principio de que los pueblos no deben ser egoístas, y de que el reposo de Europa depende de la prosperidad de cada nación.»

Después se presenta el cuerpo diplomático, en nombre del cual el nuncio toma la palabra; y luego los grandes cuerpos del Estado. «Francia, dice el presidente del Senado, vivirá ahora más en libertad por la existencia de ese niño. Cuando reine en este imperio, que Grotius llamaba el más hermoso después del reino del cielo, el siglo XIX, llegado á su período extremo, recogerá los frutos cuyos gérmenes fecundos deposita nuestra generación en el seno del presente. Africa, impelida hacia adelante por vuestra mano poderosa, será uno de los más magníficos florones de su corona; mientras que el Oriente y el Occidente, que se buscan desde las Cruzadas y comienzan á encontrarse, habrán unido sus mares y sus orillas para dar paso á la corriente benéfica de las ideas, de las riquezas y de la civilización. Cuando el soberano de nuestros hijos siga las huellas de su augusta madre, que recuerde un reinado en que el genio del gobierno se dirige por la moderación, la rectitud y la justicia; y en esta marcha de la humanidad, Francia será aún como hoy, un regulador para Europa, una palanca para el progreso y una antorcha para las inteligencias.»

El emperador contesta al presidente: «Habéis saludado como un acontecimiento feliz la venida al mundo de un hijo de Francia; y en efecto, señores, cuando nace un heredero destinado á perpetuar un sistema nacional, este hijo no es tan sólo el vástago de una familia, sino realmente el hijo del país entero, y tal nombre le indica sus deberes. Si esto era verdad bajo la antigua monarquía que representaba más exclusivamente las clases privilegiadas, con mucho más motivo lo será hoy, puesto que el soberano es el elegido de la nación, primer ciudadano del país y representante de todos.»

El emperador triunfa, pero con modestia; y hasta hay un no sé qué de inquietud y melancolía en su contestación al conde de Morny, presidente del Cuerpo legislativo. Diríase que el soberano, que después de tantas pruebas ha llegado al apogeo del poder, trata de tranquilizarse contra los caprichos de la suerte, desechando los presentimientos sombríos. Piensa en el rey de Roma, en el duque de Burdeos y en el conde de París, y se pregunta si su hijo tendrá mejor suerte.

«Las aclamaciones unánimes que rodean su cuna, dice, no me impiden reflexionar sobre el destino de aquellos que nacieron en el mismo lugar y en circunstancias análogas. Si espero que su suerte sea más feliz, es primeramente porque, confiando en la Providencia, no puedo dudar de su protección al verla levantar de nuevo, por un concurso de circunstancias extraordinarias, cuanto le plugo abatir cuarenta años ha, cual si hubiese querido envejecer por el martirio y la desgracia á una nueva dinastía que sale de las filas del pueblo. Además, la historia tiene enseñanzas que no olvidaré nunca, y me dice por una parte que no se ha de abusar jamás de los favores de la fortuna, y por la otra que una dinastía no tiene probabilidades de estabilidad sino manteniéndose fiel á su origen, ocupándose únicamente de los intereses populares para los cuales fué creada. Ese niño, al que consagran en su cuna la paz que se prepara, la bendición del Padre Santo, traída por la electricidad una hora después de su nacimiento, y por último, las aclamaciones de ese pueblo francés al que *el Emperador amó tanto*, ese niño, repito, será digno, así lo espero, de los destinos que le aguardan.»

Veamos ahora en qué empleó Napoleón III la noche del 18 de marzo. Uno de los héroes de Crimea, el general Bosquet, es quien nos lo dirá en la siguiente carta, escrita el 19: «Querida madre: Anoche hubo fiesta de familia en las Tullerías, y tú faltabas. El emperador mandó que me enviaran, á las cinco y media, una orden para ir á comer á su mesa aquella misma noche.... Encontré allí á Canrobert y solamente los oficiales de servicio. El emperador llegó al salón de espera con la mayor sencillez, y nos condujo á la mesa, llevando á Canrobert á la derecha y á mí á la izquierda. Durante la comida, el soberano habló mucho de acústica y de fenómenos relativos á este ramo de la física, después de lo cual dijo: — Señores, haced que os llenen las copas de champaña, pues quiero brindar hoy por dos buenos amigos que están á mi lado, por el *mariscal* Canrobert y el *mariscal* Bosquet. — Y hétenos aquí á los dos muy sorprendidos, sin voz casi, buscando la mano de S. M., que nos la ha ofrecido con la más graciosa sencillez. Al levantarnos de la mesa, el Emperador ha ido á las habitaciones de la Emperatriz, y nosotros hemos bajado al gabinete de los ayudantes de campo de servicio, donde te he dirigido dos palabras por telégrafo. Hubiera querido seguir el alambre como el fluido para estrecharte después en mis brazos, buena madre, deseándote un tranquilo reposo con los sueños más dulces para tu corazón.

»Todos me hablan aquí de ti, todos saludan á la madre de un mariscal de Francia, y saben bien que sobre ella recae el mérito de mi situación. ¡Bendito sea Dios, justo y bueno, puesto que ha permitido al hijo honrar á su madre y hacerla objeto de las felicitaciones de todas las madres de Francia! Para ti, buena madre, uno de esos momentos en que no se habla, pero en que tu cabeza se apoya sobre mi hombro.» Napoleón III no podía celebrar el nacimiento de su hijo mejor que concediendo el bastón de mariscal á los valerosos militares que tan dignos se habían hecho de esta recompensa.

XLIX

CONSIDERACIONES

En 1856, Napoleón III parecía un monarca bastante fuerte para ser clemente y bastante poderoso para ser moderado. La fortuna, al principio tan severa para él, le colmaba, le abrumaba á favores; y el hombre privado no se consideraba menos feliz que el emperador, pues para él eran todos los triunfos y todas las alegrías. No cesaban de repetirle que su trono era inquebrantable, y que su dinastía se había consolidado para siempre; mas en medio de su triunfo, aquel árbitro de Europa, como entonces le llamaban sus cortesanos, permanecía siempre tranquilo y modesto. Lord Clarendon decía de él durante el congreso: «Me parece mejor y mejor á medida que le conozco más.» Sin embargo, el segundo Imperio tendrá su edad de hierro; 1856 era su edad de oro.

Refiriéndome al período deslumbrador de que fuí testigo, no puedo menos de experimentar un sentimiento de melancolía y de tristeza. Hombres y cosas sugieren las mismas reflexiones dolorosas, y me pregunto de qué han servido tantas agitaciones, tantos esfuerzos y sacrificios. ¿Qué ha quedado de los personajes y de los acontecimientos de que acabo de hablar? Los ocho ministros de Negocios extranjeros que fueron mis jefes en tiempo del Imperio, y los catorce plenipotenciarios de los Congresos de París, todos aquellos hombres, cuyo rostro creo ver todavía y cuya voz me parece oír aún, han muerto ya. ¡Cuántas transformaciones súbitas se han sucedido en la escena del mundo! ¡Cuántas mudanzas presenciadas! Diríase que se producen al silbido de un maquinista invisible; y esto me hace recordar las palabras de la *Imitación de Jesucristo*: «¡Oh, qué pronto pasa la gloria del mundo!»

¿Dónde están ahora los resultados de esa guerra de Crimea, tan tenaz y tan heroica? Malakoff, el Pequeño Redán, el mamelón Verde, el baluarte Central, el Gran Redán, el baluarte del Mástil: ¿qué ha sido de todas esas fortalezas, atacadas y defendidas con tal encarnizamiento? Ni siquiera ha quedado de ellas un vestigio. Y del teatro de tales hecatombes no subsisten más que los cementerios, donde los combatientes reposan en el eterno sueño de la muerte. Meditando sobre esas luchas gigantescas, natural es preguntarse hoy si los pueblos tienen derecho para matarse unos á otros, cuando ningún odio alimentan en sus corazones, y cuando asuntos discutibles de equilibrio ó de diplomacia son los únicos que les ponen las armas en la mano. Algunos años bastan para cambiar